

El viejo baúl

Después de un largo día en el colegio, llega Alberto a casa de su abuelo. Tras morir sus padres en un accidente de tráfico, el chico vive junto a su abuelo, que lo cuida como si de su padre se tratará.

Este le esperaba leyendo el periódico sentado en su sillón favorito, delante del televisor apagado. Nada más entrar, Alberto percibe un leve olor y rápidamente adivina que tiene lasaña para comer. Su abuelo no es un cocinero excelente, pero se nota que lleva muchos años viviendo con la abuela.

Después de colgar el abrigo y la bufanda de lana, se dirige rápidamente al comedor a saludar a su abuelo, que ya estaba levantado, puesto que había escuchado el ruido del picaporte.

Cinco minutos más tarde ya se encontraban los dos devorando la lasaña de carne recién hecha.

Estuvieron hablando de cómo les había ido el día a ambos cuando, de repente, sonó el viejo teléfono del abuelo.

Este, sin prisa, fue a cogerlo y llegó sin problema, ya que no cesaba de sonar.

El abuelo de Alberto estuvo unos quince minutos hablando y, al terminar, le dijo al chico: -“Es urgente, volveré a la noche. Si te aburres, sube al desván”-.

Alberto, desilusionado, se despidió. Como no tenía deberes, se fue a la buhardilla de la casa. Él nunca había estado allí porque temía encontrarse con arañas o, peor aún, ratones. En cuanto entró, notó una rara sensación que le hacía sentirse mejor.

Lo único que había allí era un enorme baúl similar al de los piratas de las pelis. Lo abrió tras forcejear unos minutos con la vieja cerradura, y sacudió el polvo que se había extendido densamente por toda la habitación.

Para su sorpresa, el viejo baúl estaba repleto de cuentos, libros, revistas y largas novelas... ¡guau! Alberto nunca había visto tantos libros juntos.

Al no tener otra cosa que hacer, Alberto cogió unos cuantos cuentos, se acomodó en unos cojines y se puso a leer.

Lobos, hadas, elfos, duendes, serpientes aladas, mariposas con aletas, poderes mágicos, brujas, dulces, aventuras, fantasmas, misterios, arco-iris, casas abandonadas, bosques, animales, criaturas fantásticas, secuestros, crímenes, magia...

Poco a poco, Alberto se fue sumergiendo en el increíble mundo de los cuentos y fue terminando una a una todas la historias del baúl.

Ya cuando apenas había luz para continuar la lectura, apareció el abuelo por la puerta del desván con gesto cansado y saludó al chico. Este, inmerso en su historia, no pudo oírlo, por lo que, el abuelo, tras acercar la luz de un flexo y subir unos vasos de leche calentitos, se sentó a su lado y juntos siguieron sumergidos en las fantásticas aventuras que nos hacen vivir los cuentos.